

LA FAMILIA

(Crónica de la XXXIII Reunión de amigos
de la Ciudad Católica)

Acaso porque en nuestra sociedad, la familia es el estrato social más vejado; acaso porque siendo el vínculo de unión más entrañable y fuerte, es, hoy día, ante el brutal ataque a que las altas jerarquías le someten, el más indefenso; acaso porque la familia es la iglesia doméstica, el crisol de la tradición, la escuela del amor, la cultura y el equilibrio de la persona; acaso porque el primer seminario surge en la familia; los amigos de la Ciudad Católica se han reunido en la Residencia de San Pedro Mártir de los RR.PP. Dominicos de Alcobendas (Madrid), los días 25, 26 y 27 de noviembre de 1994, para devolver a ésta el lugar que le corresponde en la sociedad civil.

Con una familia se inició la historia de la humanidad. Por haber creado Dios al hombre como un ser sociable, tuvo a bien darle por compañera otro ser semejante a él, «hueso de sus huesos y carne de su carne», para así formar con la unión de ambos el primer matrimonio, la primera familia; cuyo fin se desdobra en una doble proyección:

- una de carácter social, la procreación educadora de los hijos.
- otra de carácter individual, la plenitud de ser y la felicidad que los que se aman buscan al casarse.

Pero lo que el acto volitivo de Dios hizo posible con un FIAT, llegando a hacer compatible la armonía, la subordinación y la unidad esencial, se convirtió, por obra de ciertos movimientos ideológicos de la modernidad en la práctica disociación de los fines del matrimonio, que terminaría por anular uno de los fines en beneficio del otro; llegando incluso a plantearse si es legítima la unión entre dos individuos del mismo sexo, cuando tal unión aberrante «resulta contradictoria, ya que una cosa se relaciona con otra y nunca consigo misma».

Con gran profundidad, los ponentes nos deleitaron en sus exposiciones que llegaban a lo nuclear del problema. Francisco José Fernández de la Cigofia nos hizo la introducción histórico-literaria, que concluyó Rafael Gamba Ciudad al fundamentar que la familia es la primera célula de la sociedad.

José M. Serrano y Javier Urcelay nos previnieron respectivamente de los peligros que la biotecnología y los medios de comunicación ofrecen en la educación de los miembros de esa célula social. Concretamente, se afirmó que toda información implica un modo de pensar y que la televisión, hoy elemento introducido en todas las familias, comenzó reflejando lo que la sociedad era; pero que en la actualidad ocurre lo contrario: la sociedad refleja lo que es la televisión. Atención, pues, a este invitado que en muchos hogares recibe un puesto de honor, y que entorpece en alto grado la educación de los hijos y amansa el carisma y la obligación educadora de los padres.

El sábado 26 se inició con un serie de foros de gran interés que planteaban los problemas actuales que de modo más sangriento sablean la familia, así como otros al margen —como es tradicional ya en estas reuniones— del tema general de la reunión. Cabría mencionar el que pronunció Estanislao Cantero sobre la objeción de conciencia; el de Antonio Urzaiz, que indicaba el papel que juega la familia en los programas de los partidos políticos; y el de Juan Antonio Martínez Muñoz que magistralmente expuso las razones que tenemos para combatir la eutanasia. Frente a estos dolores que sufre hoy la familia cristiana, Evaristo Palomar propuso el gozo de que la familia es y ha de ser el camino para que la nueva evangelización sea posible y Elio Alfonso Gallego, el gozo de que en la familia se ubica el substrato político de la sociedad actual.

Tres conferencias cerraron el día. Cada una de ellas atendió a un aspecto diferente de la familia. Gabriel García Cantero nos habló de sus relaciones con la sociología; el notario Francisco de Lucas Fernández, de los cambios legislativos del Estado y de las últimas decisiones jurídicas sobre las uniones heterosexuales; y, por fin, Leopoldo Gonzalo, de la actualidad económica del Estado ante la familia.

El domingo nos sorprendió con una serie de foros que no se centraban en el tema de la Reunión, pero, que no por esa, dejaban de ser de vital importancia. Carmen Fernández de la Cigofia elaboró un acertado comentario acerca de la falsa neutralidad del Estado laico; Araceli Herrera nos ilustró con un sucinto estudio filosófico de los absolutos morales, tema que provocó una discu-

sión de sumo interés; y, finalmente, Luis María Sandoval presentó su último libro: *La catequesis política de la Iglesia*, desglosando sus capítulos en una admirable síntesis.

Tres conferencias vinieron a recoger todos los conocimientos hasta entonces puestos a estudio. Pedro Brunso, con su intervención encerró a la familia en el cofre de la tradición, enlazando de esta manera, el presente con el pasado, nuestros hijos con nuestros padres. Juan Vallet dignificó la tarea educadora, única y exclusiva, de la familia y José María Petit puso el broche de oro al desarrollar la doctrina de los últimos Pontífices sobre la familia.

Fueron tres días inolvidables en los que unos enseñaban y otros aprendían, unos daban pareceres y otros los recogían, todo ello en un ambiente de espléndida caridad cristiana. Tres días en los que no faltó —no podía ser de otro modo— el culto que los hombres deben rendir a su Señor y Creador. También en la Santa Misa fuimos adoctrinados con los sabios consejos de tres buenos y santos pastores. El P. Agustín Arredondo, S. I., nos instigó para que pusiéramos nuestras mentes al servicio del Espíritu Santo, fuente de toda sabiduría. El P. Victorino Rodríguez, O. P. nos habló de la Madre que tuvo el privilegio de enseñar las primeras palabras a Aquél que al mundo dio Palabras de Verdad. El P. Martínez Cano, M. C. R. puso a la Familia de Nazareth como modelo para todos: que Cristo vivió en familia; que la Iglesia es la Familia de las familias.

Una conclusión se impone como resumen de esta Reunión de amigos de la Ciudad Católica:

Aunque es necesario, no basta con refutar los actuales errores en el terreno doctrinal. No, no es suficiente. Para hacer frente a la subversión antifamiliar, en primer lugar debemos conocer los planes de esta subversión y darlos a conocer al mayor número de personas posible, especialmente a los que por ser padres de familia, educadores, pedagogos o formadores, poseen responsabilidades concretas o participan en la responsabilidad y autoridades naturales. Por eso, la difusión de los trabajos publicados en la revista «VERBO» es una exigencia ineludible.

Trabajar en los cuerpos sociales existentes (asociaciones de padres, de antiguos alumnos, congregaciones de matrimonios,...) para que no sean manipulados a la manera de los revolucionarios, sino para que cumplan más perfectamente su función social; crear y potenciar nuevas entidades allí donde no las haya, para cubrir los diversos frentes en los que se desarrolla el combate contra la familia.

No tengamos miedo. La Sagrada Familia nos obtendrá de Dios el coraje y la generosidad necesaria para que la reconquista de las familias para El sea preludio y anticipo del establecimiento de su Reinado Social en el mundo entero.

JAVIER ANDRÉS FERRER.

HOMILIA DEL P. AGUSTIN ARREDONDO, S. J.

El espíritu de la Iglesia en este tiempo final del año litúrgico se ve afectado por la idea de una gran liquidación. Liquidación también individual, pero sobre todo liquidación de toda una gran colectividad. Y esta colectividad ya sabemos que es doble; la del pueblo judío, aludida mediante ciertos datos a ella pertenecientes con toda claridad; y la colectividad de la humanidad entera al fin de los tiempos, realizada con la segunda venida de Cristo.

La primera ya pasó; y siguieron las crueles persecuciones, casi tres veces seculares, en que se encontró especialmente suelto en aquel mundo «el dragón, que es la antigua serpiente, el diablo o satanás» del Apocalipsis, arrojado por fin con cadenas al abismo para mil años (Apoc 20,2s). Desde los tiempos de Constantino, se dice ahora por muchos que vive la Iglesia esos mil o gran número de años, en los que el enemigo no tiene tanto poder como tuvo para «extraviar a las naciones», y el grano de mostaza de la Iglesia logra prender en naciones y continentes mediante su firme asiento en multitud de corazones.

Descartado oficialmente por la Iglesia el llamado milenarismo, que creyó ver anunciada en el Apocalipsis una venida de Cristo para vivir en la tierra en vísperas del fin último esos mil años de paz y reino público de Dios, se nos sugiere la conciencia de que estamos en ese período milenario, previo a la libertad interina que volverá a dársele el dragón por un más corto tiempo, antes de la liquidación definitiva del mundo.

* * *

Nuestro puesto es indudablemente el de quien prepara semejante liquidación. Bien nos habla de ella con Juan el también apóstol Pablo repetidamente. Es ese «Reino de Dios» (Lc 21,31), cuya cercanía, presentimos, como la madurez de la higuera por sus brotes. Si ha de presentarse repentinamente, y se nos encarga por ello vigilar, luego la actitud nuestra es la propia de quien lo tiene próximo (Lc 21,31ss); y esta actitud no puede extrañarnos que se refleje en nuestro empeño por una Ciudad Católica.

«Fijaos en la higuera», hemos oído; fijaos en la Ciudad Católica —tenemos que oír—, que tanto más acertará en su andadura cuanto más se oriente, como la higuera, hacia su siempre progresiva madurez.

Como la higuera. Porque no hay que forzar la alegoría, para descubrir en los amigos de la Ciudad Católica características significativas que